EL GRUPO DE VANGUARDIA EN NICARAGUA

Ernesto Cardenal

En Nicaragua la poesía de Vanguardia apareció por primera vez en 1927, cuando regresó de los Estados Unidos José Coronel Urtecho, a los veintiún años de edad. Junto con su excepcional conocimiento de todas las literaturas extranjeras, traía en su equipaje una colección de poemas juveniles a los que había dado el nombre de “Parques”. En toda su poesía de esta época tuvo mucha importancia un descubrimiento que Coronel hizo en San Francisco de California: observando los corros vocingleros de la focas y la fascinadora, semejanza que de lejos tenían con los cuerpos de las mujeres —que contrastaba con la fealdad de la foca vista de cerca— vino a caer en la cuenta de que ellas fueron las que dieron origen en la antigüedad al mito de las sirenas. Coronel hizo un mito propio con este descubrimiento y desde entonces se resumen en él todas sus experiencias de juventud en California, “entre las rocas llenas de focas y las islas de frutas”. En esos años toda mujer tenía para él una sola metamorfosis:

Debajo de la flor de su sombrilla
cultivaremos las avispas locas
mientras la arena de la playa brilla
con las sirenas que se hicieron focas.

(Parque II)

A continuación de los “Parques”, Coronel inició la revolución de vanguardia con una oda de saludo a Rubén Darío, haciendo ver en ella que la poesía ya había cambiado de traje:

En fin, Rubén
paisano inevitable, te saludo
con mi bombín
que se comieron los ratones en
1920 i cinco. Amén.

El cisne, a quien finalmente el modernismo, hartado de él, había tratado de romperle el cuello, ha pasado ya con Coronel a ser una curiosidad de museo,

* Este artículo es un capítulo de la tesis presentada en 1948 en México por Ernesto Cardenal, titulada *Ansias y lengua de la nueva poesía nicaragüense*. Tomamos el texto del número especial de la Revista *El Pez y la Serpiente* (22-23, Managua, 1978-1979) dedicado a los “50 años del Movimiento de Vanguardia de Nicaragua”.

como las locomotoras de 1880.¹ Coronel ahora le dice: “yo sé que tú eres de algodón”, y en su oda a Rubén le recuerda los antiguos jardines,

donde yo me paseo con mi novia
i soy irrespetuoso con los cisnes.

Mediante la burla, Coronel quería en esa oda despojar a Rubén de sus anacrónicas vestiduras, su apolillado disfraz de príncipe con que se presentaba en las grandes paradas militares, en nombre de ese otro Rubén sincero, el que se quitaba su traje por las noches, a la hora de los “Nocturnos”:

Silencio de la noche, doloroso silencio
nocturno. . .

La oda es una defensa de este Rubén íntimo, sin artificios, el Rubén en pijama, cuando sus ilusiones y su poesía de antes ya le quedaban cortas como un traje marinero de la infancia. El Rubén que decía “Ya no hay princesas que cantar”.

Sintiendo que había que resucitarlo, Coronel Urtecho comienza su oda con una profanación al monumento nacional más sagrado en Nicaragua: la tumba de Rubén Darío en la catedral de León, que ostenta como símbolo un león de cemento de mal gusto (“Burlé tu león de cemento al cabo”). Quería despojarlo de las coronas funerarias y los sellos que la policía oficial de la crítica habían puesto sobre su obra, como esos que hay en las alcobas de los difuntos en espera de un procurador.

Era difícil dar con el hombre en Darío, porque su patria, su estilo, y hasta su mismo nombre, todo era prestado en él. Demasiado narcista para darse a conocer, y aun para conocerse él mismo, su poesía le servía de antifaz y siempre quería ser otra cosa distinta de lo que era:

Tú que dijiste tantas veces Ecce
Homo frente al espejo
I no sabías cuál de los dos era
el verdadero, si acaso era alguno.

Sin embargo, debajo del oropel y las piedras falsas existía el otro Darío verdadero, el de “el horror de sentirse pasajero, el horror de ir a tuestas”, “La tortura interior”, “Y esta atrocidad amargura de no gustar de nada”. “¡Oh, miseria de toda lucha por lo finito!”, “Ser y no saber nada, ser sin rumbo cierto”, etc. Es este mismo Darío, “triste de fiestas”, el que nos pregunta: “¿No oyes caer las gotas de mi melancolía?” Gotas que Coronel le recuerda:

1. Pero no es la poesía de don Enrique González Martínez –de más engañoso plumaje aún– la que representa esta reacción contra el cisne dentro del modernismo, como algunos creen. Simbólicamente, la misma famosa frase: “Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje” está *literalmente* tomada de Rubén Darío, quien la había usado desde muy temprano a propósito de Zola. Y es que solamente él, el dueño del cisne, era el único que estaba capacitado para demostrarnos su falsedad, como, en efecto, lo hizo. Para esto basta recordar los “Nocturnos”, la poesía negra de Darío.

Hay unas gotas de sangre en tus tapices.

En busca de lo humano en Darío, arremetió con todo irrespeto contra él, para arrancarle la verdad al Maestro, el *amado enemigo*, como le había llamado, aunque fuera a la fuerza. Con los bombines apollillados de 1925, así saludaba la nueva poesía nicaragüense a Rubén Darío, su *paisano inevitable*. Muy pronto se había reunido en Granada un grupo de jóvenes en torno de José Coronel. Era una verdadera batalla literaria la que iba a comenzar, y la oda a Rubén fue el grito de guerra y su primer manifiesto.

Fundada por Francisco Hernández de Córdoba en las riberas del lago de Nicaragua, en 1523, Granada, la más antigua ciudad de Tierra Firme, era en 1927 una ciudad burguesa y despreocupada, sin tradiciones de ninguna especie. Los piratas la habían incendiado y destruido ya demasiadas veces, y por ese lago le habían llegado siempre juntos el comercio y el saqueo, la prosperidad y la muerte. Aún no hacía mucho que se oyeran los gritos de las muchachas robadas por los últimos piratas de la Colonia, cuando fue destruida una vez más por un romántico esclavista norteamericano, William Walker, que soñaba con incorporar Centroamérica a los Estados del Sur. Walker, antes de retirarse, dejó homéricamente en la plaza un letrero que decía: *Here was Granada*. Aquí fue Granada. “En Granada ya no hay nada”, decía un romance de la época. Esto, y los vientos cosmopolitas que venían del lago, hicieron de Granada una ciudad sin tradición ni recuerdos. Ella tenía siempre los ojos puestos en el lago, y éste significaba el Desaguadero, y el Desaguadero era el Atlántico, y el Atlántico era Europa. El lago, además, había hecho que todas las grandes potencias se interesasen por Granada: España, Francia, Inglaterra, los Estados Unidos. Y estaba siempre el gran sueño del *canal* en lontananza. En busca del Estrecho Dudoso se hizo toda la conquista de Nicaragua en el siglo XVI; en busca de ese mismo sueño llegaron los piratas en el XVII; en el XVIII, por él combatió Nelson en nuestras costas, y en el XIX, los soldados calenturientos de Walker. Y en 1927, Granada aún tenía su ilusión centenaria tan viva como antes. Tres siglos de zozobra, de riquezas y saqueos, habían hecho de ella una ciudad aventurera y abierta. Sin literatura, sin historia, sin ideales políticos, sin nada que conservar, en 1927 seguía siendo siempre la misma amante del comercio, la ciudad del buen humor y de la buena vida llena de muchachas y de fiestas.

Es fácil imaginar el escándalo que la rebelión vanguardista produciría en la jovial burguesía de Granada, que además de no haber tenido nunca aficiones literarias se encontraba ahora con una poesía completamente contraria a lo que hasta entonces había creído como poesía. Granada estaba acostumbrada a reconocer el gran abolengo literario de León, su ciudad antagónica durante siglos, que era eminentemente tradicional y sería, envejecida por los años, y que, además de Darío, había dado todos los poetas malos y buenos del país. Sobre todo, Darío era ya un intocable, aun para los mismos granadinos que antes se habían burlado insolentemente de él. (de una manera simbólica, la única vez que Darío estuvo en Granada fue una semana como dependiente en una tienda durante su

adolescencia), y ya había venido a ser el único verdadero héroe nacional de Nicaragua.

La batalla se dio en 1931, con la aparición de las páginas de *Vanguardia*, en Granada. Estaban a cargo de Pablo Antonio Cuadra y Octavio Rocha. Coronel, entonces, apenas tendría veintiséis años, y los demás no pasaban de los dieciocho. Se proponían escandalizar y sacudir la ciudad, para así despertar el interés por la literatura. Con una modestia digna de elogio dieron a conocer en Nicaragua todo lo mejor de la literatura mundial contemporánea, pero no buscaron abrirse campo en los públicos extranjeros, porque se trataba de una lucha nacional. A esto se debe que Nicaragua haya tenido grandes poetas que aun hoy son desconocidos en otras partes. La lucha fue larga; pero ahora, quince años después, aquellas páginas de *Vanguardia*, ya amarillentas y marchitas, han triunfado plenamente en la juventud. La lucha no era contra Darío, sino contra los falsificadores de Darío, y ellos fueron más bien, como después se vio, los verdaderos continuadores de su obra. Los que, aprendiendo su lección, proseguían la diaria y continua tarea de la negación del ayer.

“Ahora empezará la batalla”, había dicho Pablo Antonio Cuadra en la primera presentación que hizo de *Vanguardia*. Y realmente arrojaron sus poemas a la cara del público como proyectiles. El movimiento era, al mismo tiempo que literario, nacionalista. Nacionalismo y poesía los habían llevado al pueblo, y este contacto con el pueblo les daba vitalidad y humor: “Queremos terminar con una generación llorona. Que surja una generación libre y alegre”.

No tardó en reaccionar la vieja generación ante estas actitudes. Algunos fragmentos entresacados de esas páginas de lucha nos dan una idea de los ataques que entonces se les hacía:

Si los clásicos estuvieran viviendo actualmente, a ellos los presentaríamos. . . No tenemos ninguna hostilidad personal contra Homero ni contra Virgilio, aunque no estemos gritando nuestro entusiasmo por ellos como si los estuviéramos descubriendo. Pero estamos bastante prevenidos contra los profesores que nos hablan de ellos para rebajarnos. Ya sabemos que lo hacen, no por amor a esos clásicos, sino por hostilidad a la juventud literaria que es la verdadera heredera de ellos. . . Desconfiad, dice Jean Cocteau, de quienes condenan el hoy a nombre del ayer, porque son los mismos que condenaron el ayer en nombre del anteayer.

.....

Si los jóvenes que dirigen estas páginas se dedican a dar a conocer las formas nuevas de los otros países, lo hacen para enseñarnos a libertarnos de una versología de imitación, de una fantasía libresca y de la insoportable poesía de álbum, que es la poesía más cultivada por nuestros poetas y favorita de nuestras damas burguesas.

.....

No estamos tratando de innovar, sino de seguir el ritmo de los tiempos nuevos, de la vida, que se renueva sola. Estamos únicamente tratando de hacer, de comenzar a hacer, lo que nunca se ha hecho en Nicaragua. Aquí no hay materia ni doctrina que discutir, sino que tenemos que inventar materia y doctrina. No reformar, sino formar, Si hacemos versos malos, los hacemos malos de ex-profeso. Quisiéramos hacerlos más malos aún, genialmente malos, para que todo el mundo se dé cuenta de que son malos, y así comiencen a saber lo que es un mal verso y, por contraste, lo que es un verso bueno, que es lo que nunca se ha sabido en Nicaragua. A nosotros se nos hizo aprender de memoria kilómetros de malos versos como ejemplo y modelo de buenos. Se nos dio gato por liebre, y hoy se ofenden nuestros profesores porque les devolvemos gato por gato.

En Nicaragua puede decirse que la poesía de Vanguardia surgió de los bancos escolares. Pablo Antonio Cuadra fue presentado en esas páginas a los dieciocho años. Coronel habla de él: “Es la infancia consciente de ser infancia, y por tanto inconsciente, desvergonzada y tímida, temeraria y huraña. Pablo Antonio es la ternura. La ternura verdadera, que es la ternura del ternero”. “Vanguardia de la Vanguardia”, cultivaba una poesía rural en las haciendas de ganado de Chontales. También a esa edad fue presentado Joaquín Pasos. “Es enamorado. Fuma cigarrillos. Va a menudo al cine. Es poeta”, habían dicho de él. Su poesía se distinguía por el buen humor y los temas geográficos; el capitán Cook era su héroe favorito, y a él consagró uno de sus principales poemas de esa época. También pertenecían al grupo: Manolo Cuadra, de quien había dicho Coronel: Fue a San José de Costa Rica a pie. Es boxeador amateur y amateur poeta. Aquí, que confunden al poeta con el enamorado, con el músico y con el orador, da lástima decirle poeta a este muchacho sano y fuerte, que hace versos como si diera papirotazos. Las flores que lanza alguna vez parecen lanzadas con honda”. Luis Dowing, cuyo interesante comienzo poético ha sido interrumpido por una vida pintoresca y de gran aventura; José Román, que ahora ha pasado a la novela; Luis Alberto Cabrales, que después se dedicó al periodismo y a la historia, y, finalmente, Octavio Rocha, poeta que entonces también lo fue y bueno, pero después se perdió, porque si es verdad que el poeta nace y no se hace sí puede, en cambio, deshacerse. El movimiento contaba también con un dibujante surrealista, que fue Joaquín Zavala.

La ciudad de Granada era muy a menudo el tema de esos poemas juveniles, con sus amaneceres, sus calles polvosas, sus tedios y alegrías, y su lago; los árboles mojados y las niñas estudiando piano en las mañanas del domingo que nos hace sentir Joaquín Pasos, o “una voz lejana acompañada de guitarra” por las noches que nos hace oír Octavio Rocha; “ciudad de los dulces entusiasmos y los íntimos afectos” como la llamaba Pablo Antonio Cuadra. La torre de la iglesia de la Merced, que Coronel consagró con una oda, era el sitio de reunión de Vanguardia. A ella subían para leer los poemas, y en los diarios de la época aparecían notas como ésta:

INVITACION

Se invita a todos los vanguardistas
 para reunirse a las dos de la tarde
 del domingo 18 en la torre de la Merced,
 para celebrar la noticia traída por el
 cable de que ya no se construirá
 el Canal por Nicaragua.

(Invitación que exasperaba a la burguesía capitalista, que a toda costa, y aun con la pérdida de la nacionalidad, quería un canal por Nicaragua). Desde esa torre, Coronel cantaba la pequeña ciudad, con su tren diminuto y su “vapor de pito”, o cultivando celosamente su cementerio:

su pequeña hortaliza de la muerte.

El grupo daba además recitales de poesía moderna, y fundó una Antiacademia y un Antiparnaso para combatir la literatura retórica que inundaba el país. Más tarde, las tendencias nacionalistas llevaron a la Vanguardia a la lucha política; pero la tiranía acalló sus voces. Finalmente, este mismo grupo se reunió de nuevo en 1942, con el nombre de Cofradía del Taller San Lucas, publicando en Granada una revista de honda raíz cristiana y popular: *Cuadernos del Taller San Lucas*. En ella aparecían los jóvenes de antes, ya maduros y completos ahora, y algunos valores nuevos, como Carlos Martínez Rivas y Ernesto Mejía Sánchez, que ya abren por sí mismos una nueva generación, y Enrique Fernández Morales. Un profundo sentimiento popular es el que, sobre todo, ha caracterizado al movimiento del Taller San Lucas entre todos los demás grupos literarios de Hispanoamérica —sobresaliendo Francisco Pérez Estrada por sus descubrimientos folklóricos. Las canciones, teatro, oraciones, villancicos y romances del pueblo continuamente han sido usadas por nuestros escritores como materia prima poética. Esas voces, que, como decía Joaquín Pasos, “*cantan sólo para ciertas razas*”.

(1948)